



Palabras pronunciadas por S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino, Arzobispo de La Habana, al concluir la Eucaristía de Acción de Gracias por sus 50 años de Ordenación Sacerdotal.

S.M.I. Catedral de La Habana
2 de agosto de 2014.

Eminencias, Excelencias, queridos hermanos y amigos todos:

En este día celebramos una fiesta del sacerdocio cristiano. La ocasión no debe prestarse a un homenaje personal, a los cuales tanto temo, pues suelen caer éstos en los clásicos lugares comunes de elogios desmedidos por parte de los circunstantes, y de excusas y peticiones de perdón adoloridas, del lado del homenajeado. El sacerdocio no es un empleo u ocupación de cualquier índole, con tareas bien o mal cumplidas, para hacer de ellas balance, pues, según San Agustín, ese balance ya está hecho: "Todo lo que hay de bueno en mí viene de Dios, lo malo viene de mí mismo". Por lo tanto, es Dios quien merece la gloria y de Él llega hasta mí su misericordia.

De otra parte, no es posible que el sacerdocio pueda parangonarse a cualquier otro quehacer humano, sea científico, cultural o de un orden diverso, para considerarlo y valorarlo justa y dignamente. Al contrario, baste recordar que cualquier profesión relacionada con la vida del hombre sobre la tierra tiene como cumbre paradigmática el ejercicio del sacerdocio. Y así se dice de un verdadero maestro "que imparte su enseñanza con esmero, como un sacerdote", y del abnegado ejercicio de la medicina, decimos "que es un sacerdocio".

Sin embargo, el sacerdote no tiene otro paradigma humano al cual acudir para verificar el valor de su obrar. Porque su ministerio no es asimilable a la actuación de un profesional. Porque en su vida sacerdotal sólo hay un faro luminoso que lo alienta e insta al olvido de sí mismo y al sobrepasamiento en su entrega: Jesús, el Nazareno, que pasó haciendo el bien y sanando toda dolencia, y lo crucificaron y resucitó gloriosamente, y vive y permanece con nosotros siempre hasta el fin del mundo.

Sin esta mirada de fe no se comprende el sacerdocio cristiano, que tiene su punto de arranque y su meta en Jesucristo, Hijo de Dios, único y eterno sacerdote.

Era yo seminarista, y uno de mis antiguos profesores del Instituto de Matanzas visitaba la Ciudad Estudiantil "Padre Félix Varela" de Colón, por razones de trabajo. Coincidiendo con él en un pasillo, después de saludarnos me dijo: "Así que los factores psicológicos y sociológicos determinaron por fin en usted una vocación religiosa...". Le respondí con cierta ironía: "Ha hablado el profesor", y no agregué nada más. Y efectivamente era así, su consideración era únicamente profesoral, porque desde presupuestos psicológicos y sociológicos, aún con ribetes científicos, no es posible comprender la vocación sacerdotal.

Es necesaria la mirada de la fe para captar esas realidades que de un modo u otro trascienden en nuestras vidas lo simplemente individual o social para entrar en motivaciones que son del orden de la fe en Dios, presente en la historia de hombres y pueblos.

Lo mismo puede suceder en las relaciones de la Iglesia con el poder temporal. Cuando se ignora la naturaleza íntima y profunda de la Iglesia, que nace del costado abierto de Cristo en la Cruz, que es santa, pero alberga a los pecadores en su seno, que se rige por la dinámica propia del Reino de Dios y sus leyes; se le puede juzgar según las ideologías, tradiciones o corrientes de pensamiento a la moda en un lugar determinado, para dedarar a la Iglesia retrógrada o avanzada, conservadora o progresista, amiga o enemiga. Son consideraciones sociológicas, ideológicas y políticas respecto a una realidad que no se expresa según los puntos de vista de nadie, sino que se sabe, en la fe y en la práctica del amor cristiano, firmemente establecida sobre la roca que es Cristo, en Él pone su mirada y su esperanza, y en su nombre invita a todos a la virtud, a la verdad y al amor.

Así ocurre también con el sacerdocio, acontecimiento personal que irrumpe en la vida de un hombre y la cambia totalmente. Así Cristo llega a nosotros y llama: “Pasando a la orilla del lago vio a dos hermanos: Santiago y Juan, que eran pescadores y estaban repasando las redes junto a su padre, y les dijo: Sígueme. Ellos dejando las redes y a su padre Zebedeo, lo siguieron” (Mc 1,19). La dejación de todo, su trabajo y su familia, será requerida por Jesús: “Ve, vende lo que tienes, dáselo a los pobres, y sígueme, dijo al joven rico, que se fue cabizbajo” (Mt 19,21). Y esta total entrega la exige Jesús a todo aquel que pretende ir tras Él: “Quien guarda su vida para sí la pierde, quien la entrega la gana para siempre” (Mc 8,35).

La lógica del Reino de Dios no transita por pistas trilladas. Quien desde una mirada sin referencia a la fe considera el sacerdocio, lo juzga una locura: “por seguir una idea, dejarlo todo...” Pero Jesús no es una idea. Las ideas pueden llevar a una ideología, y la fe en el corazón de un joven que sigue a Cristo abarca algo más que el pensamiento y la acción, toma toda su persona para entregarla a la persona del Hijo de Dios hecho hombre, que agrega a su llamada su envío: “De ahora en adelante serás pescador de hombres...” (Lc 5,10), “los envió como corderos en medio de lobos...” (Mt 10,16), “ustedes están en el mundo, pero no son del mundo...” (Jn 15,19), “Si el mundo los odia, primero me odiaron a mí...” (Jn 15,18), “pero no teman, yo he vencido al mal...” (Jn 16,33), “ustedes, anuncien el evangelio a toda criatura...” (Mt 28,20).

Y así partimos hacia lo desconocido, a realizar la misión que Jesús nos confía y que llena nuestro ser de alegría y de paz profunda. Así se vive el sacerdocio, y sólo así se puede ser fiel, si perseveramos en el primer amor. Pero no se vive esto como plan que debemos cumplir en 30, 40 ó 50 años. Se vive cada día, y, sin darnos cuenta, uno tras otro van construyendo la fidelidad que prometimos al Obispo el día de nuestra ordenación.

Por esto doy gracias a Dios, porque a través de las pruebas, ha conservado en mí el gozo y la juventud sacerdotal. Y doy las más sentidas gracias a cuantos han venido de lejos, y a los cercanos de siempre, por acompañarme en esta alegría. No olvido en mi oración especialmente a monseñor Pedro García Fernández, mi compañero de estudios y de ordenación, que vive fuera de Cuba, ni olvido tampoco en estos momentos al Obispo que me ordenó, monseñor José Domínguez, ni a mis padres, que han partido ya al encuentro del Señor.

Gracias al Santo Padre Francisco por su inmerecida carta y su Bendición Apostólica. Y gracias sobre todo a la Santísima Virgen de la Caridad, la Madre que ha sabido custodiar en mi corazón el amor a su Hijo Jesucristo y a Cuba, mi Patria querida.

Gracias a todos los aquí presentes, y que el Señor los colme también a ustedes de alegría y paz.

-Servicio de noticias-

Arzobispado de San Cristóbal de La Habana. 2010-2014©

Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original